

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 26

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EPÍLOGO

Luis Ortega Navarrete

Seis de la mañana hora de San Salvador del 21 de noviembre del 2000, timbra el teléfono y escucho la voz de Valentín que me pregunta «¿Luis, cuándo vienes a Lima?» En ese momento me proponía salir al aeropuerto rumbo a Miami para llegar el fin de semana. «Ven hoy mismo», me dice Valentín. «Las cosas se han precipitado y es posible que mañana asuma la Presidencia de la República; se tiene que formar gabinete».

Llegué a fines de la tarde y me dirigí donde estaban reunidos Javier Arias-Stella, Juan Incháustegui, Javier Díaz Orihuela y Javier Silva coordinando con Valentín quiénes podrían integrar el gabinete.

Al siguiente día, 22 de noviembre, Valentín Paniagua Corazao fue ungido Presidente del Congreso por decisión mayoritaria de las fuerzas políticas representadas en dicho Órgano Legislativo, que reconocieron su capacidad de liderazgo, no obstante ser miembro de la minoría. Asumió en una histórica ceremonia la Presidencia Constitucional de la República y, anunció, entre otras decisiones, que Javier Pérez de Cuellar, ex Secretario General de la Naciones Unidas, presidiría el gabinete.

Apenas llegado Pérez de Cuellar de París, nos dimos a la tarea de concretar la nómina ministerial, la que fue sometida junto con Javier Arias-Stella a consideración del Presidente de la República. El sábado 25 juramentaba el único gabinete ministerial que acompañaría al doctor Valentín Paniagua Corazao durante los ocho meses de su gestión al frente del Gobierno de Transición.

Habían transcurrido ocho años y casi ocho meses desde la noche del 5 de abril de 1992, fecha en la que recibí una llamada de Valentín que indignado me dijo: «Enciende el televisor, hay golpe de Estado». En ese momento y en las siguientes horas, apareció Fujimori con el gesto cínico que lo caracteriza anunciando: «He decidido disolver, repito, disolver el Congreso, intervenir el Poder

Judicial, el Ministerio Público, la Contraloría General de la República para instalar un Gobierno de reconstrucción nacional».

De inmediato se puso en marcha por la radio y televisión una montada campaña de adhesiones al golpe de Estado. Pocas fueron las voces de condena que se transmitieron por la única radio que desafió el silencio impuesto por el gobierno, pero entre las primeras estuvo la de Valentín Paniagua, que calificó de «rabona de la dictadura» al abogado García Marcelo por justificar el golpe de Estado. Tiempo después, a este abogado lo premiaron designándolo miembro del Tribunal Constitucional, pero más tarde, al caer la dictadura, fue encarcelado por los estropicios que cometió a su servicio.

Para consumar ese atentado contra el orden constitucional se habían con-fabulado, una vez más, la cúpula de las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación y las encuestadoras, junto con la conocida laya de «independientes» que siempre medra detrás de las dictaduras. Esa noche, como en alguna ocasión similar dijo el poeta Martín Adán, «el Perú había vuelto a su estado normal».

¿Por qué otra vez y hasta con la complacencia de una mayoría ciudadana se había permitido que una cúpula sin ningún prestigio y malos antecedentes se apoderara del país, sometiera instituciones fundamentales, hiciera tabla rasa de su libertad de expresión, de su derecho de información y tantas otras tropelías? Para algunos, por el fracaso de la política económica del gobierno aprista; para otros, porque que dentro del Estado de derecho no se podía combatir la demente subversión que nos azotaba.

Lo cierto es que pronto se puso en evidencia que el golpe, gestado desde el inicio del gobierno de Fujimori, tenía su real motivación en el propósito de saquear impunemente las arcas fiscales. Para ello involucraron a todas las estructuras del Estado, directivos de las finanzas, la producción, el comercio y a medios de comunicación social, que en casi una década llevaron al Perú a un grado de descomposición que pocos podían imaginar.

Fue mucho lo que el país tuvo que soportar para que el pueblo tomara conciencia de lo perverso que era creer que este país necesita una dictadura para ser gobernado. Ojalá, como decía Paniagua, este equívoco pensamiento no vuelva a resurgir por más intolerancia que se genere frente a las incapacidades de la democracia, que siempre resulta el mal menor.

Es trascendente el rol que le cupo desempeñar en esas circunstancias al presidente Paniagua en la conducción de una transición inédita en nuestra historia. No porque antes el gobierno del Perú no hubiera pasado de una mano a otra en pocas horas, sino por la crisis que confrontaba, agravada con la vergonzosa fuga nada menos que del Presidente de la República Alberto Fujimori. En ese momento, quizás uno de los más dramáticos de la historia del Perú y que bien

pudo derivar en un colapso del sistema político y en una sociedad víctima del clientelismo de las dictaduras, el presidente Paniagua —con las dotes de estadista que sacó a relucir— supo cómo poner al país por encima de las circunstancias y pronto ganar la confianza y el respaldo de las mayorías ciudadanas.

El mismo día en que instalaba su gabinete y cuando había quienes pensaban que estaba en marcha una reacción violenta de las cúpulas que sustentaron la dictadura, el presidente Paniagua asumió la responsabilidad de gobernar con decisión y coraje .

En ese momento, por primera vez un gobernante civil no tuvo reparos en separar de la institución y en muchos casos encarcelar a altos mandos y oficiales superiores de la Fuerzas Armadas comprometidos con la dictadura y la corrupción, y en que los medios de comunicación que vendieron su independencia dejaran de ser utilizados como voceros del gobierno, motivando que sus responsables fugaran o fueran encarcelados. Esa firme actitud le valió para hacer que en solo ocho meses el Perú transitara de la dictadura a la democracia y devolverlo al Estado de derecho.

En las páginas de este libro de homenaje están plasmadas por quienes conocieron a Valentín Paniagua sus calidades y cualidades como estudiante destacado, luchador universitario, animador de tertulias e iniciativas literarias, político sobrio y honesto, versado jurista y apasionado maestro. Pero sobre todo unas dotes de estadista que habían subyacido en este insigne demócrata hasta el momento que el país lo convocó para dirigirlo.

Esas dotes de estadista solo las poseen aquellos que llegan a saber con profundidad las necesidades de su país y su pueblo y por ello están preparados para el momento que estos lo requieran. Valentín Paniagua lo estaba cuando las circunstancias lo llevaron a ser su presidente.

Para el mandatario de la transición, su gobierno no era solo el conducir un proceso electoral transparente, era también para adoptar medidas destinadas a restituir la justicia social y la defensa de los derechos humanos, abriendo cauces para el diálogo y la concertación, como lo hizo con la instalación de la Mesa de Lucha contra la Pobreza y la Iniciativa Nacional contra la Corrupción, el Consejo Nacional del Trabajo, el Consejo de Educación, la Comisión de la Verdad, el Portal de Transparencia del Estado, la puesta en marcha de programas de asistencia social y alimentaria, así como el sentar las bases para la recuperación económica con medidas destinadas a incentivar la producción y la ejecución de importantes obras de infraestructura que en su mayoría la dictadura había dejado de lado.

El período de la transición fue corto, pero intenso en el quehacer gubernamental. Al instalar el gabinete dijo el presidente Paniagua: «No tenemos tiempo

que perder, hay que empezar a gobernar desde hoy, solo tenemos ocho meses para hacer lo que otros gobiernos han dispuesto de cinco años».

Terminado su mandato, Valentín Paniagua dedicó la mayor parte de su tiempo a tareas que siempre lo apasionaron: escribir y disertar. Escribir sobre la Constitución, los poderes del Estado, los procesos electorales, el militarismo, la democracia, la historia del Perú, temas que muchos quedaron inéditos porque su agitada vida política lo había obligado a postergar publicarlos. Disertar, como lo hizo en los foros a los que lo invitaban, tanto en el país como fuera de él y en las universidades nacionales y extranjeras. Pocos ex presidentes del Perú y del mundo han sido objeto de tan numerosas convocatorias y distinciones como lo fue Valentín Paniagua a partir del 2001 y casi hasta el final de sus días.

En el Perú, instalado un nuevo gobierno casi no se le da tregua y generalmente los perdedores lo que hacen es emprender su siguiente campaña electoral. Paniagua, terminado su gobierno no fue partícipe de esa práctica, sino la de velar porque se consolidara la transición del país hacia el Estado de derecho que se había rescatado después de una década de autoritarismo, y persistir en que continúe la lucha contra la corrupción que tantos males causó al Perú en ese decenio. Como era de suponer, después de su valiosa gestión la figura de Paniagua se convirtió en el centro de mira del espectro político nacional, sobre todo cuando el gobierno que le sucedió empezaba a defraudar las expectativas de las mayorías.

Así, durante los siguientes años Valentín Paniagua siempre estuvo entre los primeros de las preferencias del electorado y por mucho tiempo su negativa a admitir una posible candidatura hizo que al hombre que había dado pruebas de un coraje pocas veces visto en un gobernante se le tildara en algunos medios de comunicación de indeciso. No se quiso dar fe a su prédica cuando, ante el acoso de quienes lo entrevistaban respondía que no le preocupaba la candidatura y que más bien lo que el Perú necesitaba «no era elegir un presidente sino un gobierno», para lo que se requería la concertación entre los principales partidos políticos.

La presión que pesó sobre Paniagua en los meses anteriores al proceso electoral del 2005 y el compromiso adquirido con su partido Acción Popular, hicieron que finalmente aceptara la postulación. No logró para ello la concertación con las fuerza democráticas a que aspiraba y paradójicamente el pueblo, que antes y después de las elecciones lo consideró como el mejor candidato, no le dio el voto. Mientras tanto, las fatigas de la campaña habían mellado seriamente su salud.

El 16 de octubre del 2007, después de más de dos meses en los que sostuvo una lucha valerosa para superar su crisis vital, Valentín Paniagua dejó materialmente este Perú al que dio lo mejor de su vida y su talento. Su partida al más

allá valió para que al despedir a quien fuera nuestro presidente, las mayorías ciudadanas en Lima y el resto del país expresaran sentidamente su reconocimiento a ese político probo, brillante jurista, excepcional maestro, demócrata a carta cabal y gran estadista que fue Valentín Paniagua Corazao.

En una ocasión, mientras conducía el gobierno, plasmó de puño y letra en un artículo que me encontró preparando sobre la gestión gubernamental de la transición lo siguiente: «El anhelo del gobierno es trazar la senda para recuperar la confianza de las gentes en un país con un futuro, que al fin de la gestión, se vislumbre distinto y promisorio».

Es con esa visión del futuro que Valentín Paniagua, Presidente Constitucional del Perú, encaminó su gestión, para ser no solo el soporte de la transición de un régimen a otro, sino la guía de lo que en el futuro debía ser una nueva forma de gobernar, en la que se privilegiara la sobriedad, la tolerancia, la credibilidad, el respeto a los derechos de los peruanos, y por encima de todo, la honestidad.

Epílogo es por definición el fin de un drama, la conclusión de una narración. En este caso, por la entrañable amistad que nos unió y el conocimiento que llegué a tener de sus inquietudes y aspiraciones para nuestro país, estimo que para finalizar este libro de homenaje no es propiamente un epílogo lo que corresponde para cerrar una parte de nuestra reciente historia, sino que por todo lo que hizo Valentín Paniagua Corazao en su momento, es más bien el *prólogo* de lo que debería de ser en el futuro la historia de nuestro Perú, a partir de que terminara su mandato constitucional.